El mundo es azul

- La trilogía del tiempo parte II-

Annie Ballandras

El mundo es azul

- La trilogía del tiempo parte II-

Annie Ballandras

Avant
editorial

Primera edición, junio de 2026
© Annie Ballandras, 2026
Foto portada : Annie Ballandras
Puerto Madryn, Patagonia argentina.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-88206-50-4
THEMA: FHX - FXD - FXL - FXR - 1KLSA-AR-EA
DEPOSITO LEGAL: M-15625-2026

A todos aquellos seres sensibles que se entregan a volar
y hacen magia en ese camino,
dejando su huella grabada para siempre.

Agradecimientos

Principalmente, quiero agradecer a todos aquellos que confiaron y me acompañaron en mi camino de crecimiento como escritora novelista —y a los que no, también, porque no hay nada más provocante y que alguien te diga que no podés hacer algo—.

Esta segunda parte de la trilogía de *El mundo es azul* fue un gran desafío porque fue dejar atrás el género dramático para sumergirme en el suspenso, en el thriller psicológico, sumando una cuota generosa de emociones vinculadas al amor —que cabe aclarar que siempre hay un pacto de ficción entre el escritor y el lector, así que los invito a leer y sentir, sobre todo, la historia más que a buscar si podría o no ser real—.

Escritores y artistas de todas las épocas se han inspirado en el amor para crear sus obras.

En un mundo y, especialmente, en una época donde mucha gente vive en modo automático y con una vorágine cotidiana terrible, volver a la esencia, a encontrarnos con nuestras emociones,

con nuestras pasiones, con lo que nos moviliza, con aquello que late profundamente, es un arte.
Gracias, Joan Bruna, por ser mi amigo y mentor en mi camino. Me alegro de que te dejes movilizar por mis fotografías y esos océanos de fuego de la Patagonia argentina.
Gracias a toda la gente de Puerto Madryn, que siempre me reciben con los brazos abiertos.
A Stefano Vignoli, que me hospeda en el Caleta Point con una increíble vista al mar, donde tantas horas me dediqué a avanzar con mi libro mirando el océano.
A Laura Brandt, que me abrió las puertas de su Espacio de Calma, un lugar mágico en el corazón de Puerto Pirámides, Península Valdés.
A Claudia, que me hace sentir como si fuésemos Thelma y Louise en nuestros viajes a El Doradillo, donde siempre hay ballenas, luna llena, mates y las masitas de la casa de la tía Alicia.
A Casa Hulpe, donde tomé café rico leyendo otros libros y escribiendo el mío. A Loica, donde tomé mi primer café con diez grados bajo cero el año pasado mientras foteaba uno de los tantos amaneceres del sur argentino que son mágicos.
Gracias a Ernesto Ricci por haberme apoyado compartiendo su conocimiento teórico y gran experiencia en la apnea, buceo y *freediving*.
Gracias, Damian Martino, piloto comercial e instructor de vuelo, por haberme llevado a sobrevolar la Isla Escondida, a conocer los secretos de Antoine de Saint Exupéry en su libro *Vuelo nocturno*, a haber encontrado la portada del primer

libro y, sobre todo, por compartir tus vivencias conmigo.
Gracias, Paula, Marcelo y Chelina, su gata, que, cuando íbamos a Puerto Madryn y pasábamos por Viedma siempre nos alojaron con mucha calidez, comida rica y me llevé plantas de recuerdo.
Gracias a los amigos de siempre, a Triana Fiorino por su arte, que se inspira muchas veces en mi fotografía; a Daniel Diotti, una de sus obras, *Árbol del cielo,* la tengo en mi casa; a Mirta Maldonado, que siempre es una compañía en Mar del Plata mientras llega el colectivo que me llevará al sur en ni más ni menos que dieciséis horas de viaje.
Gracias, Daiana, por cuidar la salud de mis gatos, tres de ellos ya no están en este plano conmigo, pero siempre estarán en mi corazón: Poseidón, Hansel y Toulouse. Hoy solo me queda Gretel, y es una gran compañía en mis horas de lectura, de escritura, de mates y de silencio. Todo escritor debería tener un gato.
Gracias a mis vecinas Analia, Mónica y Eduardo, que los han cuidado tantas veces mientras yo viajaba.
A Sandra Gallardo, por ayudarme a entrar a la casa XII y dejar salir lo oculto, pero, sobre todo, gracias por alentarme a creer en mí, en mi intuición y energía.
A mi profesora Gabriela Exilart, que, además de ser una gran escritora, es un ser noble dispuesto a iluminar el camino de quienes queremos prender esa chispa y dejar huella.

A Chloé, mi gran amiga de Alicante, que siempre está cerca de mí para mostrarme el camino con su frase en francés *«Il vaut mieux vivre avec des remords qu'avec des regrets»* —que diría 'es mejor animarse a hacer algo que quedarse con el qué hubiera pasado si'—.

Y a Magnus Fridh, mi mentor en Suecia, que con mucha generosidad me permitió citarlo en mi libro y compartir muchas frases que son motivadoras para mí.

El arte de la quietud en un mundo agitado es uno de mis libros preferidos y lo recomiendo siempre a todos aquellos que quieran hacer una pausa y volver a encontrar el sentido de sus vidas.

Y quiero agradecer a esa emoción, al amor, al que llega sin pedir permiso ni dar explicaciones y nos recuerda que estamos vivos y nos cambia la vida para siempre.

«Todo final tiene un comienzo».

Joan Bruna

«Para explicar qué significa el vuelo para mí, en su contexto más profundo, debería en primer lugar remontarme al origen de la palabra "templo". El *templum* era un rectángulo imaginario que los augures delineaban en un espacio abierto de la naturaleza y en el que, en la fractalidad subyacente del universo, intentaban extraer todo cuanto allí sucedía para extrapolarlo, por correspondencia, al resto. Leían el vuelo de los pájaros de aquella pequeña sección del espacio e intentaban, a través de un estado de consciencia elevado, acceder a un mensaje oculto, pero a la vez transversal, aplicable a todas las capas de realidad. Un augurio, entonces, no era más que una traducción de lo que ellos llamaron la lengua de los pájaros y cuyas verdades, entendían, no había un lenguaje humano suficiente para ser expresadas. Por esta razón, y en un intento de aproximarse a ellas a través de las palabras, los augurios fueron adquiriendo una musicalidad determinada, entendiendo la música como la expresión más significativa de la matemática. Tal musicalidad, abrazada en el arte del decir, se solidificó en lo que hoy llamamos poesía, es decir, ese intento del ser humano de trascender sus propias limitaciones. Los axiomas obtenidos de allí fueron consolidando lo que hoy llamamos filosofía. El vuelo, así como la poesía, y por la misma fractalidad, representa el intento desesperado del ser humano por trascender su propio medio y volar,

en mis esferas más íntimas significa volver desde el estado del observador que lee lo que el cielo tiene para decir a ese estado activo donde uno mismo se funde con ese pequeño rectángulo de la existencia para hermanarse nuevamente con él. ¿Será por ello por lo que el gran Leonardo decía: "Cuando conozcas el vuelo, caminarás sobre la tierra mirando al cielo, porque allí has estado y allí querrás volver"? El vuelo es la metáfora perfecta del hombre que rompe sus limitaciones físicas que lo encadenan y se eleva hacia una consciencia superior que ha anhelado desde los albores de su propia historia. Por eso tiene sabor a libertad o sonidos armónicos de sueños. O la inmensidad de un atardecer que nos impregna de la textura cálida de cuanto no podemos abarcar. Volar conecta con nuestra propia esencia olvidada y por ello solo podemos expresarlo en un acorde sinestésico, como Hércules regresando desde su mito del héroe. Volar es retomar la acción protagónica después de comprender que nosotros mismos somos ese universo que tanto deseábamos conocer y experimentar».

Damian Martino,
piloto comercial e instructor de vuelo

CAPÍTULO 0.

Agua salada, alma sanada

El ***freediving*** *—buceo libre— no es solo un deporte.*
Es una forma de comprender quienes somos.

NATALIA MOLCHANOVA, APNEÍSTA RUSA

Mi corazón se aceleraba hasta salirse de mi cuerpo, tenía palpitaciones, taquicardia, temblores, escalofríos. Me faltaba el aire, me dolía la cabeza y el pecho, me sentía mareada, casi por desmayarme.

Estaba viviendo un *blackout*, como se dice en el ambiente marino, una desconexión repentina con mi conciencia. Un desvanecimiento. Una falta de oxígeno en mis células.

Estaba muy cerca de la muerte, tenía un miedo intenso y repentino, había perdido el control o, quizás, se lo había entregado al él.

Me encontraba en mi mundo azul, haciendo buceo libre, practicando apnea.

Esta práctica era mucho más que sumergirme en el mar y experimentar el mundo submarino, era ser parte del propio océano, encontrarme con su alma, fundirme en ella, compartir sus secretos, su ritmo y su vida.

Dicen que el primer contacto entre dos personas no es su piel, sino su energía.

Lo que había comenzado como un juego podía ser el comienzo de una historia de amor y pasión, ¿o solo eran mis fantasías?

Su energía me atrapó desde un primer momento, fue como un flechazo al corazón, amor a primera vista, le dicen, y una brisa de aire fresco que llegaba a mi vida luego de tanta oscuridad.

Me había prometido volver al sur de mi país para tener una cita conmigo y, nuevamente, el invitado en este viaje resultaba ser el amor.

Estaba de regreso en Puerto Madryn, mi querida Patagonia argentina, extrañaba mucho esta hermosa ciudad que me había recibido tantas veces como turista en mis vacaciones.

¿Qué me atrapaba? Su ritmo semejante al mío, la vida en esta ciudad costera comenzaba muy temprano, con amaneceres que invitaban a ser admirados, tenían un color muy especial, naranja rojizo que se reflejaba en el mar y lo transformaba en un océano de fuego, como yo lo llamaba. También Madryn era conocida como la

capital nacional del buceo, todas las actividades náuticas arrancaban a primera hora.

Su mar de aguas transparentes con una variedad de fauna marina todo el año, ballenas, orcas, pingüinos, elefantes marinos, lobos, hacían de esta zona un lugar muy especial para aquellos que amábamos el mar y su naturaleza.

Había algo más en el sur argentino y era su gente, sentía mucha calidez en el trato, quizás porque es una zona que recibe turismo todo el año, con gran afluencia de extranjeros y una exigencia alta, pero yo sentía mucho carisma, entrega y sentimientos genuinos en estas personas, que algunos eran lugareños pero otros, como yo, venían buscando un sentido a su vida. Habíamos decidido perdernos para encontrarnos.

¿Y qué buscábamos? ¿Qué encontraríamos? El amor, la soledad, un comienzo, un final, la verdad es que los finales nos enseñan a continuar.

Mi pasado me atormentaba, estaba recién llegada de Francia con la noticia más triste de mi vida, la pérdida de Adrien, mi bebé. Tenía mi primer libro editado, lo cual había sido un éxito, pero mi maternidad había quedado en pausa, por lo menos por ahora.

Transitar este duelo me llevó a comenzar a trabajar desde la terapia tradicional, pero también desde la biodecodificación, porque, sin duda, las tres generaciones de mujeres de mi familia tenían un claro conflicto con su rol de madre.

Volver al sur de mi país, comenzar un nuevo capítulo de mi vida agitada para resolver mi pasado en el agua, en mi mundo azul, el cual me hizo renacer, recordar que estoy viva, que no solo pienso, sino que siento.

Es por esto por lo que decidí alquilar un departamento de manera estable, fue una odisea encontrar el lugar que pudiera ser mi espacio, por lo menos, inicialmente, con mis gatos y plantas.

El factor clave para mí en esta elección era la luz, debía ser un lugar soleado en forma directa, con muchas ventanas, ventanales, un balcón generoso en cuanto a espacio exterior y moderno, idealmente minimalista, con pocas cosas, las realmente necesarias o, quizás, sin nada y yo lo armaría a mi estilo. El tema es que tenía un largo viaje, 1365 km, más desde Pinamar a Puerto Madryn, para llegar a un departamento vacío y comenzar de cero. Era un verdadero desafío, pero lo estaba analizando como posibilidad real y tangible.

Ahora estaba por unos días, había alquilado el departamento de Caleta Point de Stefano, un médico de la ciudad de Trelew, a 65 km de acá, que habíamos conocido por Airbnb.

Este lugar era una suerte de pecera, sobre la calle 25 de Mayo, paralela al mar, en la zona céntrica, y en el 7B, desde donde podía ver como si estuviese en un mirador gran parte de la ciudad.

Estábamos en marzo, el otoño argentino ya se hacía sentir con días más fríos, cortos y hojas caídas, pero prometían que pronto llegaría la estación más esperada por mí, el invierno. Me gustaría estar ya para ese entonces viviendo en este lugar.

La cita ahora era en el local de buceo de la avenida Roca, quienes me habían llevado a descubrir mi mundo azul haciendo *snorkeling* con los lobos marinos aquella vez, ahora los mismos profesionales me habían asignado un instructor de *freediving* o buceo libre.

Así lo conocí a Francisco, pero todos le decían Franc.

¿Quién era este hombre? Un auténtico hombre de mar. Un apasionado del agua salada y de una vida tranquila sin dejar de llamarse aventurero.

Mi primera sensación al verlo fue no poder describir con palabras lo que estaba sintiendo.

Química, piel, complicidad entre su mirada y la mía, picardía.

No necesitaba preguntarle a nadie porque sus profundos ojos azules eran auténticos y no sabían mentir, parecía la mirada de un niño, totalmente transparente, honesto, sin filtros, con un pasado doloroso, incluso, me atrevería a imaginar. En fin, dicen que el tiempo siempre termina respondiendo nuestras preguntas o hace que ya no tengamos interés en resolverlas.

Era la primera en llegar y esperaba del lado de la rambla que apareciera, venía en bicicleta por la costanera desde el Barrio Sur, puntual y siempre dispuesto a compartir unos mates bien calientes para darle calor a las frías mañanas sureñas.

Intentaba ser menos emocional y más racional, lo cual, sin duda, era más difícil que aprender apnea y quedarme sin respirar algunos instantes. ¿Cuántos? Segundos, minutos o, simplemente, quedar fuera del tiempo, entregada al mar y a su ritmo. Escuchando el latir de mi corazón en el estado de máxima pureza del ser humano, como cuando estaba nadando en el vientre de mi madre.

Al igual que en un ataque de pánico, mi corazón se aceleraba al verlo, no tenía control sobre mis emociones, mis manos estaban frías, sentía la adrenalina correr por mi sangre, tenía mucho temor de que él lo notara, si

bien no me conocía, yo estaba incomoda. Y creería que él también.

Tratábamos de evitar la mirada, pero, para sorpresa mía, él estaba cautivado por mi actividad como escritora y hablábamos bastante de eso, lo cual me metía en una situación delicada, ya que yo venía de editar mi primer libro sobre la química de las emociones, del amor, de cómo nos enamoramos, de la atracción y eso que se genera en la piel de dos personas cuando hay PIEL.

—Perdón, esto de madrugar está bueno, pero cuesta un poco con el frío —afirmó Franc al llegar mientras abría el local de buceo.

Sonreí tímidamente mientras mi boca se hundía en un cuello polar, porque, realmente, las mañanas en el sur eran muy frías. Llevaba conmigo mi cámara de fotos profesional y, antes de entrar al local, no pude dejar de hacer unas tomas con zoom, el sol nacía desde el horizonte y los pájaros comenzaban su danza, en un marco de tonos rojos.

Franc salió y observó que era una apasionada de la fotografía. Me miró y me dijo:

—Se enfrían los mates.

Mientras, sonreía y sus ojos azules se dejaban espiar exactamente donde terminaba su gorro de lana.

—La que se disculpa ahora soy yo —dije mientras me quitaba la campera—, pero disfruto mucho este momento del día, el amanecer, donde todo comienza.

—Acá el amanecer es muy especial, el océano parece un espejo, en junio ya se pueden escuchar las ballenas, que se acercan mucho a la costa cuando la marea está alta.